

y la osamenta del príncipe fueron destinados á la abadía de San Dionisio; pero los soldados no quisieron dejar partir antes que ellos unos despojos tan queridos, diciendo que las cenizas de su soberano eran la salvación del ejército. Dios quiso dar al sepulcro del santo una virtud que se manifestó por medio de repetidos milagros. La Francia, que no podía consolarse de haber perdido en la tierra tan buen monarca, le declaró su protector en el cielo. Luis, colocado en el número de los santos, fue de este modo para la Francia una especie de rey eterno. Eleváronsele iglesias y capillas mas magníficas que los modestos palacios donde habia pasado su vida.

Los antiguos caballeros que le acompañaron á su primera cruzada, fueron los primeros que reconocieron el nuevo poder de su caudillo. El señor de Joinville dice: «Hice erigir un altar en honor de Dios y de Monseñor San Luis.» La muerte de este, tan tierna, tan virtuosa, tan tranquila, y en la cual termina la historia de Cartago, parece un sacrificio de paz ofrecido en espacion de los furiosos, de las pasiones y los crímenes de que esta ciudad infortunada fue teatro por tan largo espacio de tiempo. Nada mas tengo que decir á los lectores; hora es ya de que regresen conmigo á mi patria.

Dejé á Mr. Devoise, que me habia dado tan noble hospitalidad, y me embarqué en el schooner americano, que como he dicho, me habia fletado Mr. Lear. Zarpamos de la Goleta el lunes 9 de marzo de 1807, y nos dimos á la vela con rumbo á España. Tomamos las órdenes de una fragata americana en la rada de Argel, donde no desembarqué. Esta ciudad está edificada en una situacion encantadora, sobre un ribazo que se asemeja á la hermosa colina de Pausilipo. El 19 á las 7 de la mañana, descubrimos á España hácia el cabo de Gata, en la punta del reino de Granada; seguimos la costa, pasamos por delante de Málaga, y fuimos á anclar el Viernes Santo, 27 del citado mes, en la bahía de Gibraltar.

El lunes de Pascua desembarqué en Algeciras, y el 4 de abril partí para Cádiz á donde llegué dos dias despues, siendo recibido con estremada urbanidad por el cónsul y vice-cónsul de Francia, los SS. Leroy y Canclaux. Desde Cádiz me dirigí á Córdoba, donde admiré la mezquita que le sirve hoy de magnífica catedral. Recorrí la antigua Bética, que los poetas habían considerado como la mansion de la felicidad; y despues de subir hasta á Andújar, retrocedí para ver á Granada, cuya Alhambra me pareció digna de admiracion aun despues de haber recorrido los templos de la Grecia. La campiña de Granada es deliciosa, y se parece mucho á la de Esparta; al verla, se concibe fácilmente que los moros recordasen con amargura tan privilegiado país.

De Granada salí para Aranjuez, y atravesé la patria del ilustre caballero de la Mancha, á quien tengo por el mas noble, el mas valiente, el mas amable y el menos loco de los mortales. En Aranjuez vi el Tajo, y el 24 de abril llegué á Madrid.

Mr. de Beauharnais, embajador de Francia en la corte de España, me colmó de obsequios, pues habia conocido en otro tiempo á mi desgraciado hermano, muerto en el cadalso con su ilustre abuelo, Mr. de Malesherbes.

El 24 abandoné á Madrid y pasé al Escorial, construido por Felipe II en las desiertas montañas de Castilla la Vieja. La corte va todos los años á pasar una temporada á este monasterio, como para ofrecer á unos solitarios muertos al mundo el espectáculo de todas las pasiones, y recibir de ellos enseñanzas de que las pasiones nunca se aprovechan. Allí se vé tambien la capilla fúnebre, donde están sepultados los reyes de España, en sarcófagos iguales y dispuestos á manera de escalones; de modo que todo aquel polvo, impotente ya, está rotulado y ordenadamente dispuesto como las curiosidades de un museo. Hay algunos sepulcros vacíos para los soberanos que aun no han fallecido.

Desde el Escorial pasé á Segovia, cuyo acueducto es una de las obras mas grandiosas de los romanos; pero dejemos á Mr. de Laborde describirnos estos monumentos en su hermoso *Viaje*. En Burgos, una soberbia catedral gótica me anunció que me acercaba á mi país.

Al visitar esta antigua ciudad, no olvidé tributar un recuerdo de respeto á las cenizas del Cid;

Don Rodrigue surtout n'a trait á son visage
Qui d'un homme de cœur ne soit la haute image,
Et sort d'une maison si féconde en guerriers,
Qu'ils y prennent naissance au milieu des lauriers.
..... Il adorait Chimene.

En Miranda saludé al Ebro, primer rio que vió los pasos de ese Anibal cuyas huellas habia seguido durante tanto tiempo.

Habiendo pasado por Vitoria y atravesado las encantadoras montañas de Vizcaya, el 3 de mayo volví á pisar el suelo francés, y llegué á Bayona el 5 despues de haber dado la vuelta entera al Mediterráneo y de haber visitado á Esparta, Atenas, Esmirna, Constantinopla, Rodas, Jerusalém, Alejandría, el Cairo, Cartago, Córdoba, Granada y Madrid.

Quando los antiguos peregrinos habian terminado un viaje á Tierra Santa, depositaban su bordon en Jerusalém y tomaban á su regreso un baston de palmera: yo no he traído á mi país tan brillante símbolo de gloria, pues no he dado á mis últimos trabajos una merecida importancia. Há veinte años que me consagro al estudio en medio de todos los azares de la suerte y de todos los sinsabores, *diversa exilia et desertas querere terras*: gran número de páginas de mis libros han sido escritas debajo de la tienda, en los desiertos y en medio de las olas; con harta frecuencia he manejado la pluma sin saber cómo prolongaría algunos instantes mas mi existencia: pero estos son derechos á la indulgencia, no títulos de gloria. Me he despedido de las Musas en los *Mártires*, y renuevo mi despedida en estas *Memorias*, que son su continuacion ó comentario. Si el cielo me concede un descanso que nunca he disfrutado, procuraré elevar en silencio un monumento á mi patria; y si la Providencia me niega este reposo, solo debo pensar en poner mis últimos dias al abrigo de las amarguras que han envenenado los primeros. Ya no soy jóven, y he perdido la aficion al bullicio, porque no ignoro que las letras, cuyo cultivo es tan dulce cuando es secreto, no nos atrae en lo exterior sino desatadas tempestades: de todas maneras, he escrito bastante si mi nombre debe vivir; demasiado, si debe perderse en las tinieblas del olvido.

FIN DEL ITINERARIO.

VARIOS DOCUMENTOS DIPLOMATICOS.

RELATIVOS

A LA INDEPENDENCIA GRIEGA.

CUANDO en 1806 emprendí mi viaje á Jerusalém, esta ciudad estaba casi enteramente olvidada, porque un siglo anti-religioso habia perdido la memoria de la cuna de la religion; y como ya no habia caballeros, parecia que ya no habia Palestina.

El último viajero á Levante, el conde de Volney, habia proporcionado al público muy apreciables noticias relativamente á la Siria; pero habíase limitado á ciertos detalles generales acerca del gobierno de la Judea. De este concurso de circunstancias resultaba que Jerusalém, por otra parte tan inmediata á nosotros, parecia hallarse en los confines del mundo; la imaginacion se complacia además en sembrar obstáculos y peligros en los caminos de la Ciudad Santa. Yo resolví aventurarme á llegar á ella, y me sucedió lo que siempre sucede á todo aquel que sigue sin titubear el objeto de sus terrores: el fantasma se desvaneció. Costeé todo el Mediterráneo sin experimentar accidentes de trascendencia, volviendo á hallar á Esparta, pasando á Atenas, saludando á Jerusalém, admirando á Alejandría, señalando á Cartago, y descansando del triste espectáculo de tantas ruinas en las ruinas de la Alhambra.

He tenido, pues, el escaso mérito de abrir el camino, y el gran placer de ver que se han seguido mis huellas. En efecto, no bien fue publicado mi *Itinerario*, cuando sirvió de guia á multitud de viajeros. Nada le recomiendo tanto al público como su exactitud; es el libro de viaje de las ruinas, pues he marcado escrupulosamente en él los caminos, los habitantes y las estaciones de la gloria. Mas de quinientos ingleses han visitado á Atenas en estos últimos años; y lady Stanhope ha renovado en Siria la historia de las princesas de Antiocho y de Tripodi.

Aun cuando no hubiera tenido, al trasladarme á Grecia y la Palestina, sino la felicidad de trazar la senda á los talentos eminentes llamados á darnos á conocer estos países de hermosos y grandes recuerdos, me felicitaria por haber realizado mi empresa. El público ha visto en Paris los *Panoramas* de Jerusalém y de Atenas: la ilusion era tan completa, que reconocí al primer golpe de vista los monumentos y lugares que habia indicado. Ningun viajero se ha visto en tiempo alguno sometido á tan dura prueba: yo no podia esperar que Jerusalém y Atenas fuesen trasladados á Paris, para convencerme de mentira y de verdad. La confrontacion con los testigos me ha sido favorable; y tan minuciosa ha parecido mi exactitud, que algunos fragmentos del *Itinerario* han servido de programa y de esplicaciones populares á los cuadros de los *Panoramas*.

El *Itinerario* ha adquirido un interés de nueva especie, á causa de los acontecimientos políticos del momento; háse convertido, por decirlo así, en una obra de circunstancias, en un mapa topográfico del teatro

de esta guerra sagrada que escita actualmente la atencion de todos los pueblos, puesto que se trata de saber si Esparta y Atenas renacerán, ó si permanecerán eternamente sepultadas en su polvo. ¡Desgraciado el siglo, que testigo de una lucha heróica, creyese que se puede permitir sin peligro y sin penetracion del porvenir, que una nacion sea inmolada!

No es cierto que el derecho político esté siempre separado del derecho natural, porque hay crímenes que perturbando el órden moral, perturban el órden social y motivan la intervencion política. Cuando la Inglaterra tomó las armas contra la Francia en 1793, ¿qué razon alegó para justificar su determinacion? Declaró que no podia mantenerse por mas tiempo en paz con un país donde se violaba la propiedad, donde se proscribía á los ciudadanos, donde se desterraba á los sacerdotes, y donde habian sido abolidas todas las leyes protectoras de la humanidad y la justicia. ¿Y se sostendrá hoy que no hay ni asesinato, ni destierro, ni espropiacion en Grecia? ¿Se defenderá que es lícito asistir tranquilamente al degüello de algunos millones de cristianos?

Los hombres detestables y de limitada inteligencia que creen que una injusticia, en el mero hecho de haber sido consumada, no acarrea ningun resultado funesto, son la peste de los Estados. ¿Cuál fue la primera acriminacion dirigida en 1789 por las potencias extranjeras al gobierno monárquico de la Francia? El haber tolerado la reparticion de Polonia. Esta reparticion, que derribó la barrera que separaba el Norte y el Oriente, del Mediodia y del Occidente de Europa, abrió el camino á los ejércitos que han ocupado alternativamente á Viena, Berlin, Moscou y Paris.

Una política inmoral se envanece por una victoria pasajera; júzgase sutil, astuta y hábil, cuando escucha con irónico desprecio el grito de la conciencia y los consejos de la probidad. Empero mientras camina sin obstáculos aparentes, y mientras se juzga victoriosa, se siente súbitamente detenida por los mismos velos con que se encubria; vuelve la cabeza, y se encuentra frente á frente con una revolucion vengadora que la ha seguido en silencio. ¿No quereis estrechar la mano suplicante de la Grecia? ¡Pues bien! su mano moribunda os marcará la frente con una mancha de sangre, para que el porvenir os reconozca y castigue.

Quando recorrí la Grecia, estaba triste pero tranquila; el silencio de la esclavitud reinaba sobre sus destruidos monumentos; la libertad no habia hecho oír el grito de su renacimiento en el fondo de la tumba de Armodio y Aristogiton, y los ahullidos de los esclavos negros de la Abisinia no habian respondido á este grito. Durante el dia, no escuchaba en mis largas jornadas sino la eterna cancion de mi pobre guia; y durante la noche dormia tranquilamente al abrigo de algunas adelfas, á la márgen del Eurotas. Las rui-

nas de Esparta enmudecían en mi deredor; la gloria, hasta la gloria callaba. Agotado por los ardores del estío, el Eurotas derramaba lentamente un mezquino raudal de cristalinas aguas entre sus dos orillas, como para dejar más espacio á la sangre que en breve había de inundar su cauce. Modon, donde pisé por primera vez la tierra sagrada de las Helenas, no era el arsenal de las hordas de Ibrahim; Navarino no recordaba sino á Néstor y á Pilos; Tripoliza, donde recibí los firmanes para pasar el istmo de Corinto, no era un montón de escombros ennegrecidos por las llamas en los que tiembla una guarnición de verdugos mahometanos, disciplinada por algunos renegados cristianos. Atenas era una linda población que entrelazaba los verdes árboles de sus jardines con las columnas del Partéon. Los restos de las esculturas de Fidias no habían sido amontonadas aun para servir de abrigo á un pueblo que había vuelto á mostrarse digno de acampar en esas murallas inmortales. Mas, ¿dónde están mis huéspedes de Megara? ¿Han sido degollados? ¿Han trasladado, á sus hijos á los mercados de Alejandria algunos bajeles cristianos? Los buques de guerra construidos en Marsella por el pachá de Egipto contra los verdaderos principios de la neutralidad (1), han escoltado estos convoyes de carne humana viva, ó estos cargamentos de mutilaciones triunfales que van á decorar las puertas del Serrallo?

¡Caso lamentable! He creído pintar la desolación al pintar las ruinas de Argos, de Micenas y de Lacedemonia; y si se cotejan mis descripciones con las que actualmente nos llegan de la Morea, parece que he viajado por la Grecia en los tiempos de su prosperidad y pasado esplendor.

He juzgado útil á la causa de los griegos unir á este nuevo prefacio del *Itinerario*, mi *Nota acerca de la Grecia*, mi *Opinion* en la cámara de los Pares en apoyo de mi enmienda al proyecto de ley relativo á la represión de los delitos cometidos en las escalas de Levante, y también la página del discurso que leí en la Academia; página en que expresaba mi admiración á los antiguos y modernos helenos. Así se hallará reunido todo lo que he escrito con relación á la Grecia, exceptuando algunos libros de los *Mártires*.

He presentado en la *Nota* un medio sencillo y fácil de emancipar á los griegos, y he defendido su causa cerca de los soberanos de Europa; por medio de mi *Enmienda* me dirigí al primer cuerpo político de la Francia, y este noble tribunal ha pronunciado una magnánima sentencia en favor de mis ilustres clientes.

La *Nota* presenta la Grecia en el estado á que hoy la reducen unos bárbaros; el *Itinerario* la presenta en la situación á que la habían reducido antiguamente

(1) Hay dos clases de neutralidad: una que prohíbe todo, otra que permite todo.

La neutralidad que prohíbe todo puede tener inconvenientes, porque puede en ciertos casos carecer de generosidad, pero es estrictamente justa.

La neutralidad que permite todo, es una neutralidad mercantil, venal é interesada, pues cuando las partes beligerantes son desiguales en poder, esta neutralidad, verdadero sarcasmo, es una hostilidad respecto de la parte más débil y una connivencia con la más fuerte. Mejor sería unirse francamente al opresor contra el oprimido, porque á lo menos no se agregaría la hipocresía á la injusticia.

Permítis que el pachá de Egipto construya bajeles en vuestros puertos, le proporcionais todos los medios de que podeis disponer para que termine sus expediciones, y decid que los griegos pueden hacer lo mismo! El pachá de Egipto puede pagaros los medios de destrucción que os comra, mientras su hijo devasta la Morea. ¿Tienen acaso los griegos para hacer construir bajeles, el oro que los árabes de Ibrahim les han robado? ¿No son educados los hijos de los griegos en nuestras ciudades por la caridad pública, á la cual no quereis contribuir? Cesad, pues, de decirnos que los griegos son dueños también de construir buques en vuestros puertos, y no insulteis por más tiempo la razón y la humanidad, apeliando neutralidad una alianza abominable.

otros bárbaros. La *Nota*, prescindiendo de su punto de vista político, es una especie de complemento del *Itinerario*. Si la nueva edición de esta obra cae algun día en manos de los helenos, verán á lo menos que no he sido ingrato: el *Itinerario* atestigua la hospitalidad que me han concedido; la *Nota* revela el reconocimiento con que la he pagado.

Por lo demás, podrá verse que he juzgado á los turcos en el *Itinerario*, como los juzgo en la *Nota*, aunque un periodo de veinte años separa las épocas en que he escrito ambas obras.

Los negocios de la Grecia se presentaban naturalmente á mi espíritu al ocuparme de la reimpression del *Itinerario*; hubiera creído cometer un sacrilegio, omitiéndolos en este prefacio. Nunca debemos cansarnos de reclamar los derechos de la humanidad; deploro tan solo no hallarme dotado de esa voz poderosa que despierta una indignación generosa en el fondo de los corazones, y convierte la opinion pública en una barrera insuperable á los planes de la iniquidad.

NOTA ACERCA DE LA GRECIA.

ADVERTENCIA.

No publicamos un libro ni un folleto (2), sino el prospecto de una suscripción, aunque bajo una forma particular, y esta es la causa porque aparece firmado; es una acción de gracias y una súplica que un miembro de la sociedad dirige á la piedad nacional en favor de los griegos; da gracias por los socorros ofrecidos, y pide que se ofrezcan otros: levanta su voz en el momento de la crisis de la Grecia; y como para salvar este país no bastarian tal vez los auxilios de la generosidad particular, intenta atraer mas poderosos auxiliares á una causa sagrada.

PRÓLOGO.

PRIMERA PARTE.

Los personajes del drama que há treinta años se representa á nuestra vista; se retiran. Los actores populares han sido los primeros en bajar á los sepulcros que habían colocado en la escena, arrastrando en pos algunas cabezas coronadas; otros potentados les han seguido en mayor número: Luis XIV, Luis XVI, Gustavo III, Pio VI, Leopoldo II, Pio VII, Catalina II, Selim III, Carlos III de España, Fernando I de Sicilia, Jorje III, Luis XVIII, el rey de Baviera Alejandro, y ese Bonaparte, único en su dinastía, solitario en la vida y en la muerte; ese Bonaparte que no se sabe cómo admitirlo en el número de los reyes, ni cómo eliminarlo de él; todos estos monarcas han desaparecido. En presencia de las antiguas monarquías que pierden unas tras otras sus antiguos representantes, se levantan repúblicas nuevas, que en todo el vigor de la juventud, parece se prometen la tierra por derecho de desherencia.

Los hombres importantes que se distinguieron en la fundación de un nuevo sistema, han acudido también á la cita general: Pitt y Fox, Richelieu y Castlereagh se han presentado en ella, y otros muchos no tardarán en reunirse á ellos.

(2) La primera edición de la *Nota acerca de la Grecia* no era en efecto sino una especie de prospecto del comité griego, de que el autor es miembro; pero los sucesos posteriores á esta primera publicación han movido al autor á añadir un prólogo á la segunda edición y un prefacio á la tercera. Este prólogo está dividido en dos partes; el lector lo hallará á continuación de esta advertencia, como también el prefacio.

Este gran movimiento que arrastra todo hace hartó pequeñas las ambiciones, las intrigas y las cosas del día. Bonaparte muere en un rincón del mundo, sobre una roca, en medio del Océano; y Alejandro va á buscar una tumba por esos caminos de la Crimea, testigos del viaje triunfal de su abuelo. De esta manera se burla Dios del poderío humano, y anuncia por medio de señales inequívocas las revoluciones que sus consejos van á desatar en los destinos de los pueblos.

Empieza una nueva era política: el tiempo que ha pertenecido á la restauración propiamente dicha, termina, y entramos en una era desconocida. ¿En dónde está la obra de nuestros diez años de paz? ¿Qué hemos fundado ó que hemos destruido? Si nada hemos hecho en medio de la profunda tranquilidad de Europa, ¿qué haremos en medio de la Europa tal vez agitada? Cuando los acontecimientos exteriores se compliquen con las miserias interiores, ¿á dónde iremos?

La consternación de cincuenta millones de hombres anuncia mejor de lo que pudiera expresarse, todo lo que la Rusia ha perdido al perder á Alejandro. Una familia augusta anegada en lágrimas; una esposa á quien su muerte costará tal vez la vida; el heredero de un imperio que, olvidando su inmensa y gloriosa herencia, se encierra dos días para llorar, y cuyo poder se anuncia con el juramento de la mas noble fidelidad fraternal; el ídolo de un pueblo religioso y sensible, una respetable madre sumida en una aflicción tanto mas cruel, cuanto que una falsa esperanza habíase mezclado á sus temores, y daba gracias á Dios al pié de los altares por haber salvado á su hijo, cuando estas acciones de gracias se han cambiado en gritos de dolor: todas estas ostensibles señales de un dolor íntimo y verdadero son una elocuente oración fúnebre.

La Europa ha participado de este dolor, y ha llorado al que puso término á devastaciones espantosas, á trastornos sin nombre, á la efusión de sangre humana, á una guerra de veinte y dos años; ha llorado al primero que restableció entre nosotros el trono legítimo, y sirvió para darnos, con los hijos de San Luis, el orden, la paz y la libertad.

El emperador Alejandro, que había experimentado los abusos de la fuerza, buscó la gloria en la moderación. Siempre será honorífico al árbitro de un millón de soldados, haberlos retenido en sus tiendas de campaña. Dotado de los sentimientos mas nobles; religioso, tolerante é inclinado á las libertades públicas; habiendo emancipado en parte los siervos de su corona; magnánimo en 1814 cuando salvó á París despues de haber visto arder á Moscú; cuando solo quiso por fruto de su victoria la felicidad de aplaudir nuestras nacientes instituciones; generoso en 1817, cuando rechazó y toda idea de debilitar la Francia; y cuando nada pidió en el momento mismo en que se veía precisado á contratar empréstitos, en el momento en que tantas potencias se aprovechaban de nuestros infortunios, Alejandro había violentado su natural inclinación al defenderse ante la independencia de la Grecia, y solo se detuvo por temor de perturbar el reposo del mundo. Nada mas sencillo, en verdad, que otros tuviesen de él este temor; pero que él lo abrigase respecto de sí mismo, solo podía proceder de una delicadeza de conciencia, de un fondo de justicia y de una grandeza de alma poco comunes.

Sea permitido al autor de la *Nota* llorar la pérdida de un príncipe que realizaba las mas raras cualidades con esa bondad de corazón, con esas costumbres sin fausto, con esa sencillez tan admirables en el poder; sea permitido á un hombre poco acostumbrado al favor y al lenguaje de las cortes, manifestar su respeto á un príncipe que le había manifestado con sus cartas y sus palabras la mas honrosa confianza; á un príncipe que le había colmado de públicas muestras de estima-

ción; á un príncipe á quien no puede pagar aquí sino el pobre tributo de una estéril y dolorosa gratitud: á lo menos, hoy no podrá atribuirse esta gratitud á la ambición ó á la lisonja.

Sin embargo, no es posible ocultar que la política seguida por la Rusia respecto de los helenos, ha sido contraria á la opinion religiosa, popular y militar del país. Fueren cuales fuesen los sucesos de la Morea, haciase responsable siempre al gabinete de San Petersburgo. Si la Grecia triunfaba, los rusos preguntaban por qué no habían tomado parte en la victoria; si sufría reveses, se irritaban por no haber impedido la derrota. Su orgullo nacional había visto con disgusto que las negociaciones de su gobierno estaban confiadas en Constantinopla á un diplomático extranjero; creían que su papel era inferior á su poder, y solo les tranquilizaba sobre el partido que se había adoptado, su ilimitada confianza en las luces de su soberano, su respeto y su veneración á un monarca digno de todas las consideraciones. Empero el mismo Alejandro empezaba á alimentar dudas, y los enemigos de los griegos que habían advertido esta nueva disposición, apesuraban por esta misma causa el estermio de un pueblo desgraciado, pues temían despertase un príncipe cuyas virtudes eran inspiradas por la justicia y la grandeza de alma.

Habíase suscitado una grave cuestión en 1823, al realizarse la expedición á España; esta cuestión no solo fue tratada por los trámites ordinarios de la diplomacia, sino que lo fue también en una correspondencia particular entre el autor de la *Nota*, ministro á la sazón, y uno de sus ilustres amigos en una de las grandes cortes de Europa. Tal vez algun día será provechoso al estudio de la sociedad el saber cómo dos hombres cuyas posiciones y destinos presentaban alguna analogía en aquella época, han debatido entre sí los intereses generales del mundo y los esenciales de su país, en unas confidencias fundadas en una estimación recíproca.

Hoy, que el autor de la *Nota* está privado de los datos y de la autoridad que dan un puesto activo, le falta esta facilidad de ser útil, y no puede servir á una causa sagrada sino por medio de la prensa; medio de limitado alcance bajo el punto de vista diplomático, pues es evidente que no pudiendo ni debiendo publicarse todo, muchas cosas quedan ignoradas por la misma imposibilidad de revelarlas.

Si los informes son exactos, la idea de un despacho colectivo ó de varios despachos simultáneos en favor de los griegos, dirigidos á las potencias cristianas por el Divan (esta idea se desenvuelve en la *Nota*), había sido tomada en consideración antes de la muerte del emperador Alejandro, sino de una manera oficial, á lo menos como materia de controversia general. Pero se cree que se ha presentado una objeción por los políticos de una corte principal.

«No se puede, habrán dicho, pedir al Divan la separación de la Grecia, sin apoyar esta petición con una amenaza en caso de negativa. Pero toda intervención con amenaza es contraria á los principios del derecho político. Por otra parte, todo despacho conminatorio que no produjese efecto, sería pueril; y todo despacho conminatorio, seguido de un efecto, produciría la guerra; por consiguiente, semejante despacho es inadmisibles, puesto que una guerra con la Turquía podría conmovér la Europa.»

Este raciocinio sería exacto si no fuese aplicable al proyecto espuesto en la *Nota*. Pero esta no pide un despacho amenazador, ni coloca á la Puerta en la necesidad de obedecer ó batirse: solo desea que se diga sencillamente á la corte otomana: «Reconoce la independencia de la Grecia, con condiciones ó sin ellas;» sino quierdes tomar este partido, nosotros nos veremos precisados á reconocer esta independencia, en bien de la humanidad en general, en bien de la paz

de Europa en particular, y en provecho de los intereses comerciales.»

A estos motivos podría añadirse hoy que no conviene á la seguridad de las potencias cristianas que se trasladen diariamente numerosas fuerzas de Africa y Asia á Europa; que no conviene á estas potencias que la Morea se convierta en un campamento atrincherado, donde respetables cuerpos de ejército se adiestren en el manejo de las armas; que no les conviene que el pachá de Egipto se sitúe con todas las poblaciones blancas y negras del Nilo en los puntos avanzados de la Turquía, amenazando de este modo á la Cristiandad ó á la misma Constantinopla.

El pachá de Egipto domina en Chipre; es dueño de Candia; extiende su poder hasta la Siria; procura reclutar y disciplinar las tribus guerreras del Libano; hace conquistas en la Abisinia; se adelanta en Arabia hasta las inmediaciones de la Meca; tiene tesoros y bajeles, é influye en las Regencias Berberiscas. Ya está en Morea, y puede pedir el imperio antes que el sultan le pida su cabeza. No se fija la atención en estos progresos, que son, no obstante, muy dignos de ella. Si una nación civilizada lanzase todos sus ejércitos sobre un punto determinado de su territorio, la Europa justamente alarmada le pediría cuenta de su resolución. ¿Y no es extraño que se vea al Asia, al Africa y á la Europa mahometana derramar incesantemente sus hordas en la Grecia, sin temer los efectos mas ó menos remotos de semejante movimiento? Entre tanto, un puñado de cristianos que se esfuerzan en romper un yugo odioso, son acusados por otros cristianos de que atentan contra la paz del mundo; y se mira sin espanto agitarse, aglomerarse y disciplinarse esos millares de bárbaros que penetraron en otro tiempo hasta el centro de la Francia y hasta las puertas de Viena.

Se hace mas que permanecer tranquilo, puesto que se presta á esas naciones enemigas los medios de conseguir mas prontamente su designio. ¿Podrá creer la posteridad que el mundo cristiano, en la época de su mayor civilización, ha permitido que numerosos bajeles, izando el pabellon cristiano, trasporten hordas de mahometanos de los puertos de Africa á los de Europa para degollar cristianos? Una escuadra de mas de cien naves, dirigidas por falsos discípulos del Evangelio, acaba de atravesar el Mediterráneo llevando á Ibrahim los discípulos del Alcoran que van á acabar de destruir la Morea. Nuestros padres, á quienes llamamos bárbaros; San Luis, cuando iba á buscar á los infieles hasta en sus propios hogares, ¿prestaban sus bajeles á los moros para que invadiesen de nuevo á España?

¿Ha reflexionado bien su conducta la Europa? Ensenáse á los turcos á batirse con regularidad; los turcos regidos por un gobierno despótico, pueden poner en movimiento todas sus poblaciones; si estas poblaciones armadas se forman en batallones, se acostumbran á las maniobras militares y obedecen á sus jefes; si tienen una artillería bien servida; en una palabra, si aprenden la táctica europea, habrase hecho posible una nueva é inesperada irrupción de bárbaros. Recuérdese (si la esperiencia y la historia sirven de algo en nuestros dias), que los mahometos y solimanes no alcanzaron sus primeras victorias sino porque el arte militar estaba mas adelantado entre los turcos que entre los cristianos en la época en que se mostraron.

No solo se educa á los soldados de la secta mas fanática y brutal que ha pesado en tiempo alguno sobre la raza humana, sino que se les acerca á nosotros. Nosotros los cristianos, prestamos barcos á los árabes y á los negros de la Abisinia para que invadan la Cristiandad, como los últimos emperadores romanos trasladaron los godos desde las orillas del Danubio al mismo corazon del imperio.

Este campo de instruccion y de maniobras se establece en Morea, á la puerta de Italia y de Francia; los conscriptos del turbante acuden allí para adiestrarse

en el ejercicio de fuego contra los adoradores de la Cruz, que indefensos les son entregados. Establecida sobre las ruinas de la Grecia antigua y sobre los cadáveres de la Grecia cristiana, la bárbarie regimentada amenazará la civilización. Ya se verá lo que será la Morea, cuando, apoyada en los turcos de la Albania, del Epiro y de la Macedonia, quede convertida, segun la enérgica frase de un griego, en una nueva regencia berberisca. Los turcos son valientes, y tienen á su espalda en el campo de batalla, el paraíso de Mahoma. ¡El cielo nos libre de la esclavitud con uniforme, y de la fatalidad disciplinada!

¿Y no tomamos una actitud conveniente en presencia de esa nueva regencia berberisca? Le permitimos construir bajeles en Marsella; y hasta se asegura lo que no queremos creer, esto es, que se le ceden para sus construcciones las maderas de nuestros bosques marítimos. Por otra parte, comprando tambien buques en Londres, tendrá barcos de vapor, cañones de vapor y todo lo demás. Los turcos han conservado todo el vigor de su natural ferocidad, y á esta se añadirá toda la ciencia del arte perfeccionado de la guerra. ¿Háse visto en tiempo alguno una combinacion de cosas mas formidable y amenazadora?

Adóptese, que tiempo es todavía, una política mas generosa, y al mismo tiempo mas previsora y sabia. No se trata, como se ha dicho en la Nota, sino de obrar respecto de la Grecia del mismo modo con que la Inglaterra ha creído debia obrar respecto de las colonias españolas. Ha tratado comercial ó políticamente con estas colonias como estados independientes, sin dejar entrever que haria la guerra á España; y no ha hecho esta guerra.

Pero se objetará que el Divan no tomara las cosas tan benignamente; que en vano se evitaria el tono amenazador al declararle la resolución de los aliados relativamente á la independencia de la Grecia; y que este temerario consejo seria capaz por sí solo de atraer las hostilidades contra las potencias que le presentasen tal declaracion.

El Divan está ciego, á no dudarlo; pero cuando se raciocina no puede admitirse como una objecion sólida la suposicion de una locura. Todo el que ha tratado á los turcos y estudiado sus costumbres sabe que la humillacion de la Puerta es igual á su jactancia, cuando se ve seriamente estrechada. Imaginar que la Puerta declararia la guerra á la Europa cristiana si toda la Europa reclamase ó reconociese la independencia de la Grecia, seria asustarse por vanas quimeras. Cuando vemos al Divan alarmado al mero anuncio del armamento de tres barcos de vapor á las órdenes de lord Cochrane, puede juzgarse si desearia luchar con las flotas combinadas de la Inglaterra, la Francia, la Rusia, el Austria y la Grecia.

¿Pero el simple reconocimiento de la independencia de los griegos por las potencias cristianas bastaria para asegurársela? ¿No habrian de sufrir los esfuerzos de toda la Turquía?

Sin duda; pero el gobierno griego, reconocido por las potencias aliadas, adquiriria una fuerza insuperable á sus enemigos. Este gobierno, rodeado de los representantes de las diferentes córtes, pudiendo comunicarse con los Estados regulares, podria fácilmente negociar empréstitos; y con dinero tendria escuadras y soldados. Los bajeles cristianos no se atreverian en lo sucesivo á servir de transportes á los bárbaros; y el desaliento que en breve se apoderaria de los turcos, no tardaria en obligar al Divan á esas treguas sucesivas por cuyo medio el orgullo musulman accede á doblegarse y á descender hasta la paz.

Sean las que fueren las tentativas que la benevolencia haya podido ó pueda hacer en favor de la Grecia en Constantinopla, no puede esperarse ningun éxito favorable mientras no se recurra á la declaracion propuesta por la Nota, ó á cualquier otra medida decisiva.

va. Recomendar la humanidad á los turcos, intentar atraerles por medio de los sentimientos generosos, explicarles el derecho de gentes, hablarles de hospodatos, de treguas y negociaciones, sin hacerles alguna intimacion, sin concluir cosa alguna, es trabajo perdido, tiempo malgastado. Una sola palabra, francamente pronunciada, orillaria satisfactoriamente este negocio. Si la Grecia sucumbe es porque se quiere que sucumba, puesto que basta para salvarla enviar un correo á Constantinopla.

La consecuencia del esterminio de los helenos seria de grave trascendencia para el mundo civilizado. Repítase que se quiere evitar una conflagracion militar en Europa. Yo insisto en lo dicho: esta conflagracion no tendrá lugar si se accede á emancipar á los griegos por el medio propuesto; pero por otra parte, nadie se haga ilusiones: de la victoria de los turcos en la Morea resultarian guerras sangrientas. Todas las potencias se mantienen en una falsa posicion relativamente á la Grecia: supóngase consumada la destruccion de los helenos, y entonces se levantarán por todas partes las quejas de la opinion. La matanza de toda una nacion cristiana y culta, verificada á los ojos de la cristiandad culta, no quedaria impune: la sangre cristiana caeria sobre los que la hubiesen dejado derramar; recordárase entonces que la Cristiandad no solo se habia visto precisada á asistir al espectáculo de este gran martirio, sino que además habia vendido ó prestado sus naves para trasportar los verdugos y las fieras al anfiteatro. Tarde ó temprano, los gobiernos conocerian á su costa el mal que á sí mismos se habian causado: en unos las ideas generosas, en otros las simpatias secretas y las ambiciones ocultas se despertarían de una manera alarmante; todos se acusarian recíprocamente, todos irian á hacerse la guerra sobre las ruinas, despues de haberse negado á salvar los pueblos.

El autor de la Nota justificaria fácilmente sus tristes predicciones por medio de consideraciones deducidas del carácter, del espíritu, de los intereses y de las opiniones de los pueblos de Europa y de los sucesos que en breve presenciarían estos pueblos. ¿Qué influencia ha determinado la política seguida hasta aqui respecto de la Grecia? ¿Qué idea ó qué temor ha dominado en este gran negocio? Aquí concluye el derecho del escritor, y el hombre de Estado deja caer la cortina.

La muerte del emperador, Alejandro acaba de cambiar la situacion de las cosas: Alejandro, que envejeciera en el trono, habia atrevesado dos veces la Europa á la cabeza de sus ejércitos; guerrero pacificador, al adoptar una conducta determinada, tenia la preponderancia que dan la victoria, la edad, la feliz estrella y la costumbre de ceñir la corona y gobernar. Seguirá su heredero la misma política y le será posible seguirla, aun cuando lo intente? ¿No juzgará mas fácil y seguro continuar la política nacional de su imperio, es decir, ser ruso antes que francés, inglés, austriaco ó prusiano? En tal caso, la Grecia seria auxiliada. ¡Cuán noblemente abriria la senda real un príncipe que hiciese el primer acto de su reinado de la emancipacion de la Grecia, de la libertad de tantos cristianos desgraciados! ¿Qué popularidad y qué brillo atraeria sobre el resto de su reinado! Esta es acaso la única gloria que Alejandro ha dejado recoger á su sucesor.

¿Se desea saber lo que puede esperarse del nuevo monarca? Un general francés va á decirnoslo.

«El gran duque Constantino hacia cuidar á su vista y hasta en sus habitaciones á los oficiales franceses enfermos, que personalmente iba á buscar á los hospitales; visitábase en sus camas y les consolaba con expresiones llenas de bondad é interés; salvó de un buque incendiado á dos oficiales, librándoles de las llamas, conduciendo al uno en hombros, mientras su ayuda de cámara hacia lo mismo respecto del otro; arrostró, para seguir los impulsos de su generoso corazon, una epidemia mortífera de que se vió aco-

metido. Mas de un oficial francés, arrancado por su activa humanidad á los brazos de la muerte, le es deudor de su existencia; bajo este título, el autor le dirige el homenaje de su justa gratitud.»

¿Y Constantino I, este generoso enemigo, no seria el favorable amigo de sus hermanos en religion? ¿No hay epidemias que arrostrar, ni incendios que extinguir en la Morea? Constantino lo sabe: los pueblos hallan en su nombre un presagio, y en su carácter una garantía de la libertad de la Grecia.

Pida hoy el gabinete de San Petersburgo el despacho colectivo ó los despachos simultáneos, y será, no lo dudamos, acogida por muchas potencias; en virtud de la respuesta negativa ó evasiva de los turcos, reconozca la Rusia la independencia de la Grecia, y se habrá puesto un término á tantas calamidades.

Por otra parte, la Inglaterra previendo un cambio probable, ¿no intentará anticipar los sucesos, aceptando el protectorado que rehusó al principio? El tiempo desenvolverá la nueva política que no es imposible ver nacer, y que hasta es razonable imaginar. El proyecto indicado en la Nota seria pues mas útil que en tiempo alguno, si se quisiese adoptarlo á la vez para salvar la Grecia y evitar todo choque entre los Estados europeos. ¡Ojalá hallen los griegos medios de prolongar su existencia hasta el dia que tal vez les libertará!

Desgraciadamente, no es posible fijar este dia. Un nuevo reinado puede anunciarse con un cambio completo de sistema; pero tambien puede marchar durante algun tiempo por las sendas trazadas por el reinado anterior. Suelen hallarse muchos obstáculos al empezar una carrera, por lo cual la prudencia y la circunspeccion son entonces muy necesarias. Cuando el monarca difunto ha sido un príncipe magnánimo y virtuoso; cuando ha representado un papel brillante en el teatro del mundo; cuando ha sido el fundador de una política particular; finalmente, cuando ha muerto en una alta reputacion de sabiduría, llorado, amado y admirado de sus pueblos y de las naciones extranjeras, la veneracion que se profesa á su memoria, el merecido culto que á sus cenizas se rinde, la misma tristeza y consternacion que produce el espectáculo de sus funerales, los sentimientos de ternura y dolor de su sucesor, todo, todo inclina á seguir las tradiciones que ha dejado. Lo que ha establecido precedentes sagrados; creeriase una impiedad el tocarlo, y se siente una viva propension á declarar que en nada será modificada la obra de su genio. Pero el tiempo debilita estas impresiones, sin destruirlas en lo que tienen de natural y respetable; el carácter del nuevo monarca, la fuerza de los nuevos intereses y el diferente espíritu de los ministros llamados á los negocios, concluyen por dominar especialmente en las cosas justas y útiles al Estado. A la Grecia le basta poder esperar; acampe su libertad en la montaña y vera acudir á sus amigos. Nada puede calcularse en Europa mas allá de seis meses.

Espero destruir la objecion por cuyo medio los hombres influyentes imaginan haber alejado la idea de acercarse al plan indicado en la Nota. Creo haber demostrado que no se trata de un despacho conminatorio, sino de una mera declaracion que produzca la emancipacion deseada. ¿Se rehusará comprar á tan poca costa una gloria tan santa? ¿Este resultado no vale la media hora que costaria la redaccion del despacho libertador de la Grecia?

Entremos ahora en el exámen de las acusaciones que se dirigen á los griegos, con el intento de arrebatár á un pueblo oprimido la admiracion debida á su valor y la compasion que inspiran sus infortunios.

SEGUNDA PARTE.

Así como el unánime consentimiento de las naciones demuestra la existencia de la gran verdad religio-

sa, hay verdades secundarias que derivan su prueba del asentimiento general de los espíritus. Cuando vemos á hombres de diferentes genios, de costumbres opuestas, de principios, de intereses y aun de pasiones contrarias, coincidir en un punto, puede proclamarse en alta voz que se encierra una verdad incontestable en el punto convenido.

Aplicábase esta observación á la Grecia. ¿Qué harían los pueblos rivales si fuesen dueños de obrar? Darian la libertad á este desgraciado país. ¿Qué piensan los hombres capaces de ver los objetos bajo puntos de vista desemejantes? ¿Qué piensan respecto de la legitimidad con que los mahometanos reclaman derechos sobre la Grecia conquistada y cristiana? Piensan que no existe esta legitimidad.

M. de Bonald ha defendido esta tesis con toda la convicción de su fe, con toda la fuerza de su lógica; Mr. Benjamin Constant ha demostrado en un folleto lleno de razón y de talento, que esta pretendida legitimidad era una monstruosidad según las mismas definiciones de los mas eminentes publicistas, y que no se debía agregar al absurdo del principio la imprevisión aun mas peligrosa, de disciplinar á unos bárbaros. M. Pouqueville, en su obra llena de hechos interesantes, ha consignado las mismas verdades; M. Carlos Lacretelle ha defendido en discursos animados de un calor y de una vida extraordinarios, la causa de los desgraciados helenos de una manera digna de ella; M. Villemain ha trazado en su *Ensayo acerca del estado de los griegos*, con toda la autoridad de la elocuencia y con todo el poder de los testimonios históricos, los derechos que los griegos tienen á la libertad. Y yo, si me atrevo á tenerme en algo, he formado mi opinión há mucho tiempo, y la he manifestado en un tiempo en que nadie pensaba en la emancipación de la patria de Leónidas.

En todos los comités filhelenos formados en Europa se advierten nombres que á juzgar por las antipatías políticas, parecia muy difícil ver reunidos; ¿qué deberemos deducir de estas observaciones? Que en la opinión que reclama la libertad de la Grecia no entra pasión alguna ni algún espíritu de partido, pues la coincidencia de tantos talentos diferentes en una misma verdad, es una prueba terminante, como queda dicho, en favor de esta verdad.

Los enemigos de los griegos, muy escasos en número por otra parte, se hallan muy lejos de hacer ver la misma unanimidad en los motivos del odio que les anima; esto debe consistir en lo erróneo de su juicio, no siéndoles posible defender su opinión sino por medio de sofismas. Ya trasforman á los griegos en carbonarios ó jacobinos; ya atacan el mismo carácter de la nación griega, y convierten sus calumnias en argumentos.

Respondemos á la primera acusación que los griegos no son jacobinos; que no han manifestado proyectos destructores del orden; que en lugar de levantarse contra los principios protectores de las naciones, han implorado su poder. Han pedido ser admitidos en la gran comunión cristiana, han alzado hácia esta una voz suplicante, y lejos de preferir á las demás formas de gobierno el régimen republicano, sus costumbres y sus deseos les hacen inclinarse á la monarquía. ¿Han sido escuchados? ¡No! se les ha arrojado á la cuchilla, se les ha enviado al matadero. Se ha sostenido que el romper las cadenas de la tiranía era eximirse de un juramento de fidelidad; ¿cómo si pudiese existir contrato alguno entre el hombre y la esclavitud!

El recuerdo de los males que han desolado nuestra patria sirve hoy de argumento á los enemigos de los principios generosos. ¿Cómo! ¿por qué una revolución se haya entregado á los mas criminales excesos, todos los oprimidos, sea cual fuere el punto del globo en que giman, están obligados á sufrir el yugo en espionaje de crímenes de que no son culpables? ¿Todas las

manos aherrajadas que cultivan penosamente la tierra, serán acusadas de atentados con que no se han manchado? El fantasma de una libertad sangrienta que cubrió de cadalsos la Francia, ¿habrá estendido desde lo alto de esos cadalsos la esclavitud del mundo?

Pero los que se muestran tan asustados por lo que ya pasó, ¿han manifestado siempre los mismos temores? ¿No han capitulado alguna vez con las repúblicas? ¿Arrepíentense hoy de haber favorecido la independencia? Sea en buen hora. Pero, ¿por qué no espian personalmente sus pecados? La Grecia no necesitaba que su arrepentimiento recayese sobre ella, y en verdad no hubiera querido no ser elegida para cumplir la penitencia que merezca.

Háse permitido que se formen repúblicas en América, y en compensación se quiere perpetuar el despotismo en Grecia; ¡jugada funesta para la monarquía! El poder real que se coloca entre democracias y gobiernos arbitrarios se coloca en un doble peligro, pues el temor á la tiranía puede precipitar en las libertades populares. Libren las coronas á la Grecia, y se harán bendecir; las bendiciones dan la vida.

La segunda acusación tiene por base el carácter de los griegos y la conducta que han observado desde que combaten por su independencia.

¿Quiénes son aquí los acusadores? Son en general los pequeños traficantes que temen toda concurrencia. La Grecia es aun ingeniosa y valiente; por lo que, siendo libre, se convertiría en breve en un semillero de marineros denodados y de industriados comerciantes. Esta rivalidad futura, que ya se prevee, inspira disgusto. Pero para conservar el monopolio de los aceites y de la miel del Atica, de los algodones de Seres, de los tabacos de Macedonia, de las lanas del Olimpo y del Pelion, de las fábricas de Ambelakia, del bermellón de Livadia, de las uvas de Corinto, de las gomas de Tesalia, del opio de Salónica y de los vinos del Archipiélago, ¿es preciso exterminar á todo un pueblo? ¿Es preciso que una nación llamada á su vez á los beneficios de la Providencia, sea inmolada á la codicia de algunos mercaderes?

Los griegos, nos dicen sus enemigos, son falsos, perversos, avaros, cobardes y rastreros; y á este cuadro diseñado por un envidioso interés, se opone el de la buena fe de los turcos y sus raras virtudes.

Los viajeros que agenan á intereses mercantiles han recorrido el Levante, saben muy bien el juicio que deben formar de la buena fe y de las virtudes de los pachás, de los beyes, de los agás, de los safis y los genizaros: especie de animales crueles, los mas violentos cuando cuentan con la superioridad; los mas traidores cuando no pueden triunfar por la fuerza.

Desconfiemos de las preocupaciones históricas relativas á los griegos del Bajo-Imperio y de sus desventurados descendientes; nuestros estudios nos fascinan, y vivimos mas de lo que imaginamos bajo el yugo de las tradiciones. Los cronistas de las Cruzadas y los poetas que mas tarde las cantaron, atribuyeron las calamidades de los francos á la perfidia de los griegos, mientras los latinos que tomaron y saquearon á Constantinopla, procuraron justificar estas violencias repitiendo la misma acusación de perfidia. El cisma de Oriente vino luego á fomentar las enemistades religiosas. Finalmente, la conquista de los turcos y el interés de los negociantes se complacieron en difundir una opinión que servía de excusa á su barbarie y su codicia. El mundo juzga siempre criminal al infortunio.

Empero, hoy es preciso suprimir por lo menos del acta de acusación, esa inculpación de cobardía tan gratuitamente lanzada contra los griegos. Las mujeres suliotas que se precipitan con sus hijos en las olas; los desterrados de Parga que llevan consigo las cenizas de sus padres; Psara, que se sepulta debajo de sus ruinas; Missolonghi, que casi sin fortificaciones re-

chaza los bárbaros, dos veces poseionados de su recinto; unas frágiles barcas trasformadas en escuadras formidables que atacan, queman y dispersan los navíos del enemigo; hé aquí los hechos que consagrarán la Grecia moderna en ese magnífico altar en que está grabado el nombre de la Grecia antigua. No puede recurrirse al desprecio donde brilla tanto amor á la libertad y á la patria. Los hombres perversos y corrompidos no son tan valientes. Los griegos han vuelto á hacerse nación por medio de su denuedo; y no queriendo la política reconocer esta legitimidad, han apelado á la gloria.

Si se les acusa de algunos piratas que no han podido reprimir y que han manchado sus mares, ellos mostrarán los cadáveres de las mujeres de Suli, que han purificado esas mismas aguas.

Para que el carácter general atribuido á los griegos por la malevolencia, presentase por otra parte alguna apariencia de verdad, sería preciso que formasen hoy un pueblo homogéneo. Pero los kleptas de la Tesalia, los paisanos de la Morea, los manufactureros de la Romelia, los soldados del Epiro y de la Albania, y los marinos del Archipiélago, ¿tienen todos los mismos vicios y las mismas virtudes? ¿Es justo atribuirles las costumbres de los comerciantes de Esmirna y de los príncipes de Fanar? Los griegos tienen faltas; ¿qué nación no las tiene? ¿Y cómo son tratados los franceses (mas justos en sus juicios acerca de los demás pueblos, de lo que estos lo son respecto de ellos), por los historiadores de la Gran Bretaña?

Pero prescindiendo de esto, en la lucha actual de griegos y turcos, no se trata de apreciar las virtudes relativas de uno y otro pueblo, sino la justicia de la causa que ha puesto las armas en la mano á los griegos. Si estos tienen los vicios que les ha dado la esclavitud, iniquidad grande será obligarles á sufrir esta esclavitud en consideración á los vicios hijos de ella. Destruíd la causa y habreis destruido el efecto. No calumniéis á los griegos porque no queréis socorrerles; no acuseis á la víctima para justificaros de ser los amigos del verdugo.

Finalmente, en una nación cristiana, por el mero hecho de serlo, hay mas principios de orden que en una nación mahometana. Aunque los turcos tuviesen algunas de esas virtudes especiales que imprime la costumbre de mandar, virtudes de que pueden carecer los griegos, poseen en menor grado esas virtudes públicas que entran en la organización de los Estados. Bajo este solo punto de vista la Europa debe preferir un pueblo que se conduce según las leyes regeneradoras de las luces, á otro que destruye en todas partes la civilización. Ved lo que han llegado á ser bajo la dominación sarracena la Europa, el Asia y el Africa mahometanas.

Después de las acusaciones generales dirigidas al carácter de los griegos, vienen las particulares relativas á su posición actual.

«Los griegos han aplicado á sus intereses privados el dinero que se les ha prestado para que reconquisten su libertad; admiten en sus filas á todos los aventureros, y toleran las intrigas y las ambiciones extranjeras. Los capitani están divididos y son codiciosos, la Grecia está sumida en la anarquía, etc., etc.»

Algunas sociedades francesas se habian ofrecido á contratar el empréstito griego. Si lo hubiesen conseguido, no hubieran dirigido reconquisiones tan amargas á la nación que hubiesen socorrido; se sabe muy bien en Francia que algunos desórdenes son siempre inseparables de los grandes infortunios; sábese que un pueblo que sale tumultuariamente de la esclavitud, no es un pueblo regular iniciado en el arte de la administración, fruto del orden político y del progreso del tiempo. Nadie cree en Francia que los servicios dispensados den el derecho de insultar y autorizar un lenguaje ofensivo y altanero. Si los particulares

hubiesen empleado en su provecho las sumas prestadas á la Grecia, ¿cómo hubiera sufragado esta, durante cinco años, los gastos de cinco campañas, tan costosas como mortíferas? Sabemos además que los helenos habian comprado algunos bajeles en Inglaterra y los Estados-Unidos, y estas fuerzas les habrían llegado, si la Europa cristiana no se hubiese opuesto á ello.

«Los griegos admiten en sus filas á los aventureros, y toleran las intrigas y las ambiciones de los extranjeros.»

Concedamos esta acusación, si tal es el hecho; pero ¿á quién deberá culparse? Los griegos, abandonados de todos los gobiernos regulares y cristianos, reciben á todo el que les lleva algun auxilio. Si las intrigas extranjeras se agitan entre ellos, no pueden impedirlos; pero lejos de favorecerlas las desapruéban, porque conocen que no pueden dejar de serles perjudiciales. Salvad á los griegos por medio de una intervención favorable, y no necesitarán mas de los hijos perdidos de la fortuna. No comparemos, sin embargo, algunos particulares desconocidos con esos hombres generosos, que abandonando su patria, sus familias y sus amigos, acuden de todos los países de Europa á derramar su sangre en aras de la causa griega. Esos hombres saben muy bien que la Grecia nada puede hacer por ellos, porque gime pobre y devastada; pero su corazón late por su gloria y por su infortunio, y desean participar de aquella y de este.

«La anarquía reina en la Grecia, y los capitani están divididos; luego este pueblo es indigno de ser libre; luego es preciso dejarle perecer.»

Tal es también la doctrina que la Europa monárquica ha seguido respecto de la Vendée: los jefes estaban desunidos, y la Vendée ha sido abandonada. ¿Qué dice hoy de esto la Europa monárquica?

Vemos á los griegos en el momento de la lucha; ¿deberemos admirarnos de que las dificultades innumerables que tienen que superar hagan nacer entre ellos diversos sentimientos y opuestas opiniones? Los griegos están divididos, porque la naturaleza de sus recursos pecuniarios y militares son desiguales, como también sus poblaciones; porque es muy natural que los habitantes de las islas y de las diferentes partes del continente tengan intereses un tanto encontrados. El negarse á reconocer estas causas naturales de disensión es imputarlas como un crimen á los griegos, sería una enorme injusticia.

Lejos de admirarnos de que los griegos no se hallen enteramente de acuerdo, debemos por el contrario maravillarnos de que hayan logrado formar un lazo común y una común defensa. ¿No es un verdadero milagro que un pueblo esclavo, á la vez insular y continental, haya podido crearse ejércitos de tierra y de mar, sostener sitios, tomar plazas, obtener victorias navales, establecer un gobierno que delibera, manda, contrata empréstitos, se ocupa en la confección de un código de leyes rentísticas, administrativas, civiles y políticas, bajo el bastón y la cimitarra de los turcos, y bajo todo el peso de un inmenso imperio? ¿se puede poner en parangón, con alguna apariencia de equidad, lo que los griegos han hecho en el discurso de su heroica lucha, con algunos desórdenes inseparables de su cruel situación?

Si un viajero hubiese visitado los Estados-Unidos después de la pérdida de la batalla de Brooklyn, durante la toma de New-York, de la invasión New-Jersey, de la derrota de Brandywine, de la fuga del Congreso, de la ocupación de Filadelfia y del levantamiento de los realistas; si hubiese encontrado pésimas tropas, sin uniforme, sin paga, sin raciones, y muchas veces sin armas; si hubiese visto la Carolina Meridional sometida; el ejército republicano de Pensilvania insurreccionado; si hubiese sido testigo de las conjuraciones y las traiciones; si hubiese leído las proclamas de Arnoldo, general de la Union, que